

Despues de este encuentro Chicharro-Ori, Cheve^s le va mostrando a Carlos Ed-
mundo las cartas y escritos literarios de Gregorio Prieto, asi como las fotos hechas con
el pintor; y estas obras-documentos, inspiran al escritor Ori, ~~para~~^y componer y escribir
este hermoso comentario ~~dedicado al Fundador del Postirno Gregorio Prieto (Abello Uler)~~

Este es el prefacio omnicual a la vida de Josepho (hijo) Abello Uler

ABELLARRÉ DE ABELLO ULÉR

Abello Uler

"... sobre las olas el callado bajel de negras velas " hacen bogar al invisible abismo.

Esquilo "Los siete contra Tebas"

- I -

ves tú, yollero siempre ángeles que
No ~~es~~ que ~~los ángeles~~ delante, me van barriendo el suelo *con los alas.*"
Abello Uler

Su mal dolor le empujaba hacia los agujeros. Y la muerte, su úlcera maligna, le dolió súbitamente subido en el mar. Osó, con señas ligadas a lo inconsciente, decir adiós a su madre. Ningún marinero, a esas horas, le vió quejarse; mas sólo, por último, entonar un silencioso de profundis votivo. ¡Oh, batelero imbrobo! Tú, tu mismo victimario gentilico, ¡oh farmacopola mágico! Ningún marinero lo sostuvo, ni en tablas colocó móvil muerte, momentánea, oculta, nonnata. Hasta que se revivieron accidentalmente sus más homogéneos diálogos filosóficos. Entonces, como una perla, relunbró; como una perla pura. ¡Uno! ¡Uno, se fué! ¡Unánimes, le despidió la gente amiga!

Todo lo suyo, adquiriría incalculable valor a su contacto: vivió de palabras, como vivió de hechos; pero nadie supo lo que hacía, ni lo que decía, hasta que se rememoró su vida exterior por medio de su vida privada, después que se lo tragó el agua violenta. De su propio cuerpo hacía un campo de operaciones misterioso, para estar luego libre y con cuidado de poder andar cómodo y viviente. A su alma la dejaba partir, continuamente, sin necesidad de nada, a esos lugares. Sus repentinos cambios de movimientos sensibles dejábalos, consciente de ellos, ir y venir, a flote de su espíritu pleno y confiado. Se le llamó el hombre puro por antonomasia. Su unión con sus varias partes infinitesimales era inmediata, yuxtaponiéndose a ellas, y haciendo de sus límites un tope o hito en que comenzar a dividirse, por intermedio de nuevas ramas y formas casi imposibles ya de surcar. Por lo menos, él se evaporaba, quizás, en los confines de sí. No se dejaba tocar por mano humana. Como Jesús, supo clamar: Noli me tangere. Mientras, a su vez, tocaba el pan con sacramentalismo. Y cuando esto hacía, exorcizaba a las piedras se-movientes del globo. Del vino morado que le ofrecíamos, no quiso beber. Porque el pan era el pan; pero la sangre no era la del Cordero, sino la del chico. De todos modos, esto no se explica así. Pues era tan profano como Sócrates; tan profano como Petrarca. Se dice que era casto como Urania; inmutable como el Cosmos. Se cuentan inverosímiles historias de él. Era soltero y feliz como Leibnitz. Se llamaba Abello Uler: un nombre pitagórico, numeral, principio de algo. Helo aquí, en la flor de la muerte, con su orgullo ofendido. Tal vez, ahora, cobija con desdén su desaparición tras de una puerta lejana y escondida; por ejemplo, la de su libre albedrío anímico. ¡Despierta, abejerro mío! ¡Oh, caprichoso microcosmo perfecto! ¡gigantesco enano inmaterial de las olas y de las ondas! ¡conspirador y nauta de tu vida y de tu muerte! ¡diósico Abello Uler!

Te queremos mucho todos nosotros; mucho, si se puede; vulgarmente mucho, si sabemos darte la corona que te mereces, hijo nuestro, de cada uno de tus condolidos hijos. Me parece que sabéis, que os hablo de un artista, ¡eh!; ¿acaso, aparte de ser un marinero voluntario, no fué lo que fué, una naturaleza peculiar de hombre superior? Se sabe que era rara su mística; así mismo su amor a las cosas que miraba. Carecía de eso que tantas veces llamamos alma. Su hermoso cuerpo... se dice que era el de Dionassio-Iaccos. También se habló y se discutió si era epentico o solamente narcisista. Sus amigos favoritos, como Telesila, Amitola, Megara, Cydno y Pirrina, las antiguas sáficas, lloran aún. Callemos la lengua, pues. Ya el amigo ha disminuído lastimosamente de tamaño y de morfología. Su carne, tostada de costumbre, ha se convertido en ceniza bien triste. Con sus huesos otro tanto ocurrió. Sus músculos, ¡no digamos!, se redujeron al más molesto de los vacíos. Perdióse su boca profunda en la tempestad; sus ojos se encontraron en las Cabbrillas. Sus pies ateridos, desprendidos del cotidiano calzado sin su usada ayuda, vagan, bogan o vuelan. Sólo, en el pupitró dorado de la tierra, ha quedado su discurso alegórico, infinito y sonoro. ¡Dulce velamen negro, Abello Uler!

-II-
 " Todo quise apoderarse de mí, pero todo lo
 Esquivo ~~se la~~ ~~no me~~ ~~en~~ ~~un~~ ~~caso~~ ~~po.~~
 En ~~en~~ ~~Grecia~~, sin soñar, saludablemente.
 Abello Uler ~~(nata)~~

Yo no la escuché, pero este honor lo alcanzó en vida Jerónimo, que estuvo con Abello Uler en Italia. Jerónimo vino un día, a eso de la noche, y me lo contó. Y como me lo contaron, yo, en este instante, lo cuento. Haré ver, sin embargo, lógico y directo que, siendo amado niño lo mismo, tuve la suerte de coincidir y vivir con ese marinerero en otras horas, en otros puntos y en otras leyes. No he contado, sino con brevedad, aquello de su reino y su caída. Dije, sin que me entendieran, que alma no tenía, porque tenía cuerpo. Porque tenía demasiada postura, demasiado vivo glosor. En cambio, poseía sumo entendimiento y poderosa intuición. En resumen: era de su alma o substancia enigmática de que lo que, por hábito y voluntad, se alimentaba. Su oficio especial consistía en ser del todo pintor. Aunque su vocación evangélica estaba puesta en el oceánico mar; su pristina tumba. Vió las costas del mundo. Montó las bellas naves y singló con ventura en los remotos puertos de su gran sueño. Mas, es cierto que no hubo medio de que nos hablara nunca de la Cólquida; ni nos fué dado contemplar el vellocino de oro que escondía avaro en sus escuetas manos prisioneras de él. Entendía todo lo que no podíamos entender. Y todo placer nuestro, como del mundo, hecho de furor vano y de superficie salvaje, ahuyentaba su persona. Vivía, alto, platónico y soberbio, renunciando a todo lo bajo y turbio de la vida. Le quisimos llevar, le quisimos traer, quisimos que diera vueltas unido a los sueños que nos avasallaban. Pero sus sueños eran de naturaleza distinta. Era puro y cerrado como un místico fanático de sus secretos. Estuvo en Grecia, y allí no se sabe lo que hizo, porque fué sin acompañante. Su madre recibió tarjetas de él. Todo el mundo le invitaba, pues conocía él mundo de los salones, y no había persona individuo, dama o caballero, que viéndolo una sola vez no sintiera deseos y los manifestara de ofrecerle la amistad personal y mil comodidades. Príncipes y gente encopetada conoció, o bien, ellos le conocieron a él. Su elocuencia, ingénua y primitiva, henchida de poder estético y real, y sus observaciones de sentido filosófico-alegórico, cautivaban. No sabía subir a los tranvías si no estaban completamente parados; no entendía el juego cosquilleante de los teléfonos, y confundía las cosas más usuales y elementales. El mismo era elemental. Parecía un vegetal divino en silencio. Otras veces semejaba un desconocido y potente minero. Seducíanos. Pero su torpeza general participaba armónicamente con su clarísima intimidad. Y todo, que podía ser para él tentaciones, no lo eran. Le gustaba vestir el traje de marinerero blanco. Así, infantil, pero solemne, pues se veía que no era un marinerero, anduvo sólo o con compañía por las soleadas calles de Roma. Creo que era un Narciso, según Jerónimo me contó. Oyéndole éste decir, y repetirlo luego, que él era el Rafael de los tiempos modernos. ¡Ay, voy a llamarte!

Una vez hecho liviano polvo de nada, que has hecho, dime, de tí mismo? Pues eras todo y nos gustabas tanto. Pues, aunque en apariencia ignorabas la vida, y la cultura moderna, la antigua sabiduría te poseyó. Pues fuiste marinerero por tu cuenta y pintor por la cuenta de todos, y hombre por la cuenta de Dios. Creo que has recogido tus despojos, te has recogido a tí, y te conservas lo mejor que has podido, encerrándote, con tu distinto aspecto, en un cajón de siete llaves duras, con el sólo objeto de preservarte de las corrientes de aire y de los vientos. Por derecho te pertenecía ese ataúd. Ya no eres, visiblemente, lo que eras, Ni en verdad abultas lo que ha poco abultabas. Pero, sin embargo, te llevaste el espacio contigo. Y esto se puede decir sin vacilación. ¡Qué hablo! No puedo hablar con quién únicamente escucha la ola irrevocable, cuyo trueno suena en su oído, lento y trémulo.

¡Qué atroz si lo llevaba el viento! Vuelvo otra vez a esta idea, puesto que no ignoro lo que sería de su desesperación. ¡Oh ruína tú reino! Reino suyo era la tierra para él: porque había delante el mar. En el mundo ni reía ni lloraba, ni participaba, repito, de nada perteneciente a nuestras calurosas pasiones. ¡Qué frío era! ¡Cuán triste y apartado le creíamos! ¡Cómo nos burlábamos de él! Hablaba solo y cantaba solo; quizás bailaba solo también. Se iba, no pocas veces, adonde hay tierras anchas y secas, y su imaginación poblábala de toros fabulosos sobre cuyas cornamentas trasladaban trozos de mármoles y estatuas de un sitio a otro del horizonte. O iba donde hay plantíos y ganado y miraba algo bello también allí.

Rechazaba, resuelta y enérgicamente toda proposición franca a las casas de mujeres públicas, quedándose asqueado de que fuéramos. Así como no me nos rehusaba las juergas y los despilfarros comunes a la juventud. Todo lo cual impeliásele la natural conducta que su higiene interior le imponía. Nunca se dijo de él, aunque no en sentido peyorativo, sino que era uranista. Pero sus amigos hablan, entre ellos Jerónimo, de su sacro y encendido pudor.

Por eso, digo que su muerte vino a sumirle en serias y hondas preocupaciones. Primero: porque nunca pensó en ello; quiero decir, en ella. Después, porque estaba ocupado con el mar, ¡y no veía más que el mar! Estaba ocupado, con esto, en su propia vida. Pintaba. Sus cuadros revelaban el fenómeno de la belleza purificada de sí misma, en estado de ecuación, lo que acababa demostrando con un poderío de síntesis original. Para los ricos descubrimientos de su retina artística empeñaba peligrosamente el vuelo de su humana voluntad, hasta querer decir que en su voluntad residía el impulso genital del hombre, ¡Basta, Abello Uler, con esto! Tú afán era comprarte un barco, yo lo sé. ¡Un barco! Ese, que tenía cuanto dinero y flores suponen cualquier ambición, material o ideal. ¡Acaso, dime, tenías una idea fija rondando tu mente! ¿O no sabías que ibas a perecer como ~~ese~~ aquel otro ~~hombre~~ ser bello y bélico, sublime poeta inglés!

Así, pues, por su propia voluntad, sin esperas temporales (no bajo la acción irrevocable de la iniquidad, resolvióse en lo último a lo que, sin duda, tuvo que aspirar. Era fuerza mayor. Su muerte sortílega. Porque ya era maniática su dulzura carnal. Consiguió metarse bien bajo llave, era su supremo gusto. Lo dejaron solo. Qué criatura no se lamentó por él. ¡Mas no tuvo ataúd, Dios mío! Tuvo peces.

-III-

Me rompió el esternón con una medalla de santo
Abello Uler?

Quando yo le ví irse -quedó en lo que digo-, todavía hecho esa cosa que realmente era, visible y pesada, casi espaciosa, dando y tomando sombras de cada lugar y sitio donde sus tremendos pies de muerto le llevaban, como el que se aleja la cabeza no la movía, pues iba muy convencido, al principio, de la entrada a la muerte. La cabeza, por esto, se hizo fija y además brillante, y notó que la noche le cegaba, mientras él tenía más fuerzas que la noche, en su camino. Me pareció que llevaba la luna en la cabeza. ¡Ay, muévela! ¡Tan fija! Había resultado ser la cabeza lo primero que perdió constancia vital. Completamente a ciegas ya, sus labios besaron la maravillosa espuma continua. Los ojos, de estupor abiertos, de oscuro significado llenos, rodaron trágicamente con honda dirección. Y aunque yo, que me quedé contemplando tan expresiva huída, detrás, casi a punto de alcanzarle, a tiempo de que mis llamadas le estremeciesen, impulsábale de seguro, pues yo callaba, a que volviera sus pupilas absortas una vez más. Tan trabajoso le era hacerlo, acaso le estaba prohibido, por haberse despedido bastante -pensé-, que, en efecto, no sé por qué causas, al fin, lo cierto es que no accedió a volverse para decirme, si bien con natural sarcasmo, adios. Yo sí le dije adios durante todo el tiempo que pude. Nadie, en verdad, conoció el motivo principal de su naufragio. Sabemos que la atmósfera estaba cargada durante todo el día en que no volvió. El puerto hallábase engalanado, porque había fiestas. Alguien juró que lograría llevárselo de putas. No vino. Los pájaros la mañana siguiente cantarían, lejos del mar.

Su huída era soñadora, y hasta altiva. Siempre, incluso en el trance a que me refiero, llevaba un gesto demasiado poderoso sobre él, y en su semblante, del cual no se deshacía ni para morir. Tenía el don esotérico de verse sin espejos, desde dentro, en virtud de la inteligencia, por la temperatura, el peso y el son de su cuerpo en el espacio ocupado, lo que procuraba el conocimiento de su relieve y su recorte corpóreo, y, sobre todo, facial. Un gesto de seguridad en lo que hacía o le hacían; un gesto de conforme resistencia en lo que rehusaba o aceptaba en la tierra, en el mundo o bajo las estrellas, permitíanle permanecer investido de potencial autoridad, por lo que de respeto se le llenaba. No tenía, por decirlo así, comunidad ninguna con la inspiración celeste, ni ninguna ráfaga angélica o tenebrosa parábase en el centro de su ser, pues

del mundo y sus fenómenos apenas aprovechaba otra disyuntiva que no fuera la de su existencia, ceremoniosa y simple, separándose por instinto de aquello que no podía concebir. No parecía un estoico; sin embargo contribuía, con el ejemplo a algunas de las conocidas experiencias de los que habían practicado dicha filosofía. Siendo, por temperamento, cuando más rayano de él, más sabio aún que el mundo. Y dejó la pintura, al descubrir el mar. Se suspendió su razón en el mar por un momento; entonces pensó entregarle, como si fuera una pira, su corazón feliz. A partir de esa hora veíasele rodeado ya de marineros. Con ellos, por primera vez en público, reía y cantaba. Se iba con ellos por los jardines y por la oscuridad. Compraba estampas y jaculatorias. Hacía conducir, o él lo llevaba todo, candelabros y flores a una playa y sobre la arena levantaba lindos altares en honor de la Virgen. Para ellos tenía guardado un dulcísimo mantel de plata que resplandecía con el sol, reverberando de preciosa luz su hornacina marinera. Vestido de marinero se dormía; ceñíale la tela sus formas espesas, como carne de bronce sus dos bordes, dispersas, conchas y valvas especiales velaban con fulgurosa quietud. Y el sol caía sobre la gargante de Abello Uler como tentadora miel.

Los ángeles le barrían el suelo cada vez que pasaba de un lado a otro. La mayor de las veces tenía las palmas provistas de pececillos. Buscó un pantano, se desnudó y se metió dentro de las cenagosas aguas. Metió una carretilla de lado, allí también. En una fotografía se le ve así, inmerso en las frías linfas ennegrecidas que, no obstante, parecían de oro pálido: sacada a flote la cabeza y el tórax, el vientre entero y una parte de su sexo; las astas de la carretilla enfilaban al cielo; la promiscua flora mecíase y caían hierbas y líquenes sobre sus ojos inmóviles, en homenaje a su pereza, a sus gustos y a su endiosamiento.

~~Epílogo~~

- W -

Voy a comerme esa galleta... !No! !Esa otra!
Abello Uler

-Gracias.

Gracias de qué. Parece que dijera desde su puesto, pues no ha cambiado en esencia; desde su altanería de varón, de macho machungo, del que por afición no ama sino mármoles y océano. La muerte lo encontró tan frío que se sorprendió. ¿Qué hago con él?- dijo. ¿De qué me sirve?- dijo. Y a punto estubo de dejarlo a otro azar. Mas no se había inventado nada para él, algo digno de suprimirle. Arremetió ella con su florido cuerpo y no hizo esfuerzos de nada más. Entonces él le dió las gracias. O sucedió al revés. Ahora, se ve que tenía alma; alma aventurera, como tu y yo; alma de pirata que se la juega a una carta; pobre alma tonta que se pierde sin pensar.

-Lo que quieras.

!No me podrás pair! ¿o me oyes? A tí no hay que cantarte; lo tienes ya todo, lo tuviste todo, En tu casa, vueltos a la pared, tus cuadros, y la magia de tus cuadros, ya no los ve nadie. Algunos, los que tu madre sabe que distinguías, han entrado en las abatidas habitaciones, abatidos ellos también: sombrero en mano, la vista baja, lentos, sin decir palabra... y uno, más atrevido que nadie, puso no importa qué lienzo cara a la luz !para que se viera! Y se vió lo pintado; pero la madre estaba ya inquieta, y lo volvimos a esconder. Porque tú los dejastes, como solías, para que no hubiera quién tu arte mirara prematuramente; los dejaste con la parte pintada mirando a la pared. !Qué juego te traías eterno de tus cosas! !Qué escondites y disimulos ante el mundo comprometedor! !Qué ilusiones, sensibles a tí sólo!

Me parece que ya no te llamas nombre alguno: que ya no tienes nombre. Me parece que ya destino no tienes: que estás sin destino. ¿Por qué te paras ahora? Es decir, te veo; pero mal. Distingo con dificultad tus facciones. ¿Te paras en seco ahora? !A qué se debe! Creo que se trata de decirme no se qué. !Oh, un té con galletas hay preparado para tí! !Un té con galletas y con viento! !Un té de invierno ruidoso! !Un té statu quo! !Un té con humo de amigos y galletas y galletas y galletas! !Preparado para tí en el interior de una cabaña ubicada en la última distancia de la tierra que pisaste, que pisas, volviendo, aún!

Fues iba a decir que no te reconozco, porque tu personalidad ha variado en cierto sentido, No por completo. Perdido has la esquiva velocidad de tu sonrisa. Has de tu sombra el manantial perdido. Y de tí mismo tu paso de muerte.

Quando Mikael construía, con enorme paciencia, diminutas almadías, pensando en su allende hijo, solía referir: "Quando él las lance en el charco, me sonreiré, pero nunca le confesaré ¡Dios me libre de ello! que el mar es otra cosa y otros los barcos y las almadías"

Bien te vendría a tí ese refrán, que mucho te cuadra. Hasta que no se está, en donde tú estás, en donde tu has caído, batelero -pues ahí has caído definitivamente-, no se sabe lo que es esa trampa, ese mar, hasta que no se cae en él, entre y por sus olas, y bajo sus olas. Con el pensamiento, hasta entonces, nos procuramos, no sin paciente habilidad, las pequeñas almadías de Mikael, y con ellas naufragamos en charcos más pequeños todavía. ¡Ay, marinero, marinero, marinero!

-¿Quién grita?

-¡El cazador de elefantes!

-¿Quién grita a la mar serena!

-¡La voz que pregunta al grito!

-¡Mentira, oí gritar!

-¿Qué gritos eran esos?

-Se me llamaba por mi profesión.

-Eras tú quien te llamabas.

-No podía ser yo.

-¿A qué se debe?

-

-¡Marinero marinero marinero marinero!

-Conforme, pero, ¿y ahora?

-Otra ves tú y siempre tú.

-Mi voz no es tan tirante como esa.

-¿Y por qué?

-¿Con qué objeto iba a llamarme?

-¡Con el objeto de la libélulas!

-¡No, no, no!

-¡Déjalo, gritaba tu memoria!

-Si la perdí, no la tengo.

-Si sabes que la perdistes, la tienes.

-¡La memoria no grita!

-¡Qué extraño!

Abello Uler. Abello Uler. ¡Tengo miedo a este Epílogo! ¡Qué suplicio para mí! ¡Quién esperaba tanto! ¡Qué abatimiento es este! Cómo te libertas encerrado en líquenes y en madera. Cómo te place dominarnos a todos con el filo, idéntico al de una espada, de tu aguda simpatía. Ilegible sonrisa de dañina ternura. Corazón escondido en un rosado caracol; caracol estrellado en la negra roca.

¡Qué ahogo te sube hasta tu oreja inconfinita! ¡Qué pavor te sacude! Pasas con la cabeza puesta en un sitio inasequible: una mejilla iba al aire, la otra mejilla podrida; una mejilla en el mar, la otra mejilla rota. Las venas de tus brazos, separadas. Sin el deseo de la muerte, sin ese deseo. El más hiriente amor te falta; la lanzada magnífica te falta. Ese deseo de muerte ya no tienes. Tus Reyes Magos son: Morfeo, Adón y Saulo.

Epílogo

Aunque vengas convertido en fantasma: nada. Aunque traigas la cara amarilla y de azufre calizo los pies: nada. Aunque vengas con una vihuela: tampoco. Cualquiera es el valiente que espera tu vuelta. Eso sí que me preocupa. ¡Tú no te avienes a esos papeles! A tí que no te vengán con químico-físicos experimentos. Si has muerto llama a la pared de la luna con los nudillos. Si te has muerto sal de debajo de la mesa mientras comemos. Si has muerto saca por una ranura tus dedos vencidos. Odias los utensilios pútridos, las cucharas de muerto, las escaleras de mano apoyadas en la frente de los desiertos muros. ¡A tí que no te vengán con líos de muerte! ¡Ya has hecho tu necesidad y no hemos visto a donde la has hecho! Tu vientre descansa como un exser en la horca. ¿Adónde has hecho tu muerte? ¡A tí que te esperaban las guirnaldas en el muelle! La novia que no tenías, la novia anular y materna que no llegó a acariciar tu endrino pelo te aguardaba en la borra del frío. Te aguardaba en la niebla. En el puerto te vemos, con tu blusa cristalina, anaranjada, sobrepuesta por los hombros. Tu sello personal no muere: ni para tí ni para mí, ni para el resto de las palomas. Y por eso te llamas, como antes te has llamado: sabes que permaneces vivo. La blusa. Siempre se te conocía por el muelle y al bajar las escaleras de los buques, ¡eso sí que era ense-

ñar

¿Por qué te levantas de pronto y nos pones en el aire el ala de tu pereza? ¿tu material de olvido? ¿tu elasticidad alciónica? ¿tus ojos inconexos de hemiono en la penumbra? ¿tu mansedumbre arcaica? ¿oruga?

Hablabas, y te ibas; hablabas, y te ibas. Haz otro tanto; haz, anda hijo, ¡hazlo, hazlo! Donde tu verbo fuese; donde dejaste el nimbo de tus conversaciones, allí hablan otros, allí repiten otros la fecunda canción.

¡Hola! Por lo menos sabes que alguien te vió. Y a tu madre. Tus muletillas de ciego. Tus alpargatas enlodadas. Tu querido matacantos. Tu carrete de Ruhmkorff. Tu facistol de lata. Tu zambomba. Tu cañamo indido. Tu tallo de gramíneas. Y todos estos trebejos: una aguzanieve blanquinegra; un tulipán; un sistro; una procesionaria; una palanqueta; un eclímetro; un libro; una crin; flores secas; naipes perdidos; batujas descompuestas; tres lámparas usadas; harapos de preferencia; botellas de preferencia; hilos y jaulas de preferencia; cosas sin importancia; un cuaderno de apuntes del natural sin importancia; una caja de lata de tabajo con retratos de sumo interés; papeles apolillados con la letra de Jerónimo; antifaces y gorros; marcos y monedas; más todo lo que había en tu cuarto de dormir.

Yo te saludo, Abello Uler.

FIN

el vello?

Abello Uler

ABELLARRE DE ABELLO ULER

Este es el prefacio musical a la vida de Josep Maria Trias de Abello Uler

"... sobre las olas el callado bajel de negras velas " hacen bogar al invisible abismo.

Esguilo "Los siete contra Tebas"

I - *ves tñ, yollero siempre ^{ámples que}*
No ~~sabes~~ que ~~los ángeles~~ delante, *(me van barriendo el suelo con los alas.)*
Abello Uler

Su mal dolor le empujaba hacia los agujeros. Y la muerte, su úlcera maligna, le dolió súbitamente subido en el mar. Osó, con señas ligadas a lo inconsciente, decir adiós a su madre. Ningún marinero, a esas horas, le vió quejarse; mas ~~sólo~~, por último, entonar un silencioso de profundis votivo. ¡Oh, batelero improbó! Tú, tu mismo victimario gentílico, ¡oh farmacopola mágico! Ningún marinero lo sostuvo, ni en tablas colocó móvil muerte, momentánea, oculta, nonnata. Hasta que se revivieron accidentalmente sus más homogéneos diálogos, ~~filosóficos~~. Entonces, como una perla, relumbró; como una perla pura. ¡Uno! ¡Uno, se fué! ¡Unánimes, le despidió la gente amiga!

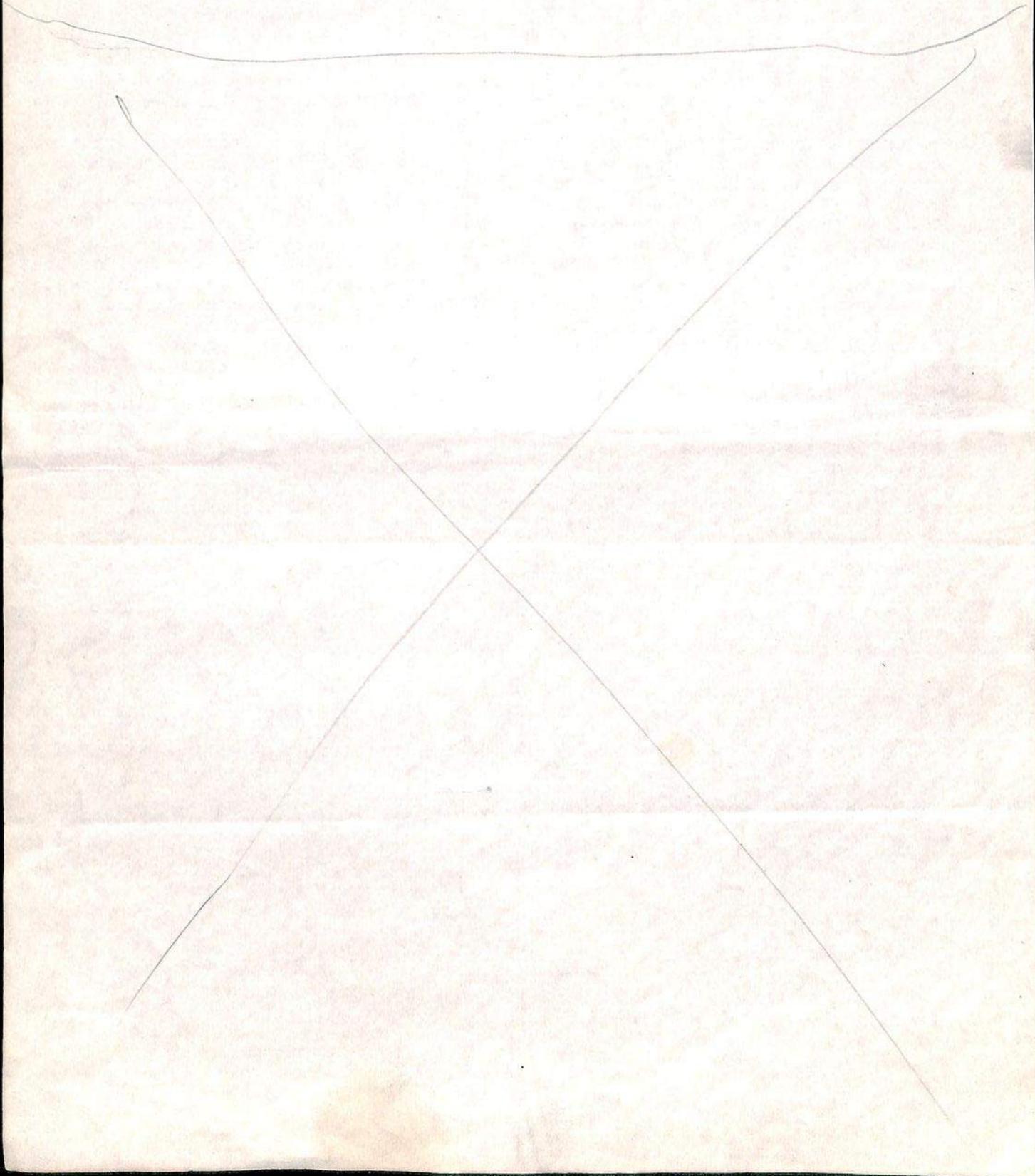
Todo lo suyo, adquiriría incalculable valor a su contacto: vivió de palabras, como vivió de hechos; pero nadie supo lo que hacía, ni lo que decía, hasta que se rememoró su vida exterior por medio de su vida privada, después que se lo tragó el agua violenta. De su propio cuerpo hacía un campo de operaciones misterioso, para estar luego libre y con cuidado de poder andar cómodo y viviente. A su alma la dejaba partir, continuamente, sin necesidad de nada, a esos lugares. Sus repentinos cambios de movimientos sensibles dejábalos, consciente de ellos, ir y venir, a flote de su espíritu pleno y confiado. Se le llamó el hombre puro por antonomasia. Su unión con sus varias partes infinitesimales era inmediata, yuxtaponiéndose a ellas, y haciendo de sus límites un tope o hito en que comenzar a dividirse, por intermedio de nuevas ramas y formas casi imposibles ya de surcar. Por lo menos, él se evaporaba, quizás, en los confines de sí. No se dejaba tocar por mano humana. Como Jesús, supo clamar: Noli me tangere. Mientras, a su vez, tocaba el pan con sacramentalismo. Y cuando esto hacía, exorcizaba a las piedras se-movientes del globo. Del vino morado que le ofrecíamos, no quiso beber. Porque el pan era el pan; pero la sangre no era la del Cordero, sino la del chivo. De todos modos, esto no se explica así. Pues era tan profano como Sócrates; tan profano como Petrarca. Se dice que era casto como Urania; inmutable como el Cosmos. Se cuentan inverosímiles historias de él. Era soltero y feliz como Leibnitz. Se llamaba Abello Uler: un nombre pitagórico, numeral, principio de algo. Helo aquí, en la flor de la muerte, con su orgullo ofendido. Tal vez, ahora, cobija con desdén su desaparición tras de una puerta lejana y escondida; por ejemplo, la de su libre albedrío anímico. ¡Despierta, abejaorrio mío! ¡Oh, caprichoso microcosmo perfecto! ¡gigantesco enano inmaterial de las olas y de las ondas! ¡conspirador y nauta de tu vida y de tu muerte! ¡idiósico Abello Uler!

Te queremos mucho todos nosotros; mucho, si se puede; vulgarmente mucho, si sabemos darte la corona que te mereces, hijo nuestro, de cada uno de tus condolidos hijos. Me parece que sabéis, que os hablo de un artista, ¡eh!; ¿acaso, aparte de ser un marinero voluntario, no fué lo que fué, una naturaleza peculiar de hombre superior? Se sabe que era rara su mística; así mismo su amor a las cosas que ~~mañaba~~. Carecía de eso que tantas veces llamamos alma. Su hermoso cuerpo... se dice que era el de Dionisio-Iacoos. También se habló y se discutió si era ~~epentico~~ o solamente ~~parcisiista~~. Sus amigos favoritos, como Telesila, Amitola, Megara, Cydno y Pirrina, las antiguas sáficas, lloran aún. Calleemos la lengua, pues. Ya el amigo ha disminuído lastimosamente de tamaño y de morfología. Su carne, tostada de costumbre, ~~hase~~ convertido en ceniza bien triste. Con sus huesos otro tanto ocurrió. Sus músculos, ¡no digamos!, se redujeron al más molesto de los vacíos. Perdióse su boca profunda en la tempestad; sus ojos se encontraron en las Cabrillas. Sus ^{pies} ~~pies~~ aterridos, desprendidos ~~de~~ cotidiano calzado sin su usada ayuda, vagan, bogan o vuelan. ~~de~~. Sólo, en el pupitre dorado de la tierra, ha quedado su discurso alegórico, infinito y sonoro. ¡Dulce velamen negro, Abello Uler!

3810/10 folio 1207



Una línea a su favor.



-II-

"*Toda quiven apoderarse de un, pero todo lo
Es en Grecia, sin soñar, saludablemente.
Abello Uler (carta)*

Yo no le escuché, pero este honor lo alcanzó en vida Jerónimo, que estuvo con Abello Uler en Italia. Jerónimo vino un día, a eso de la noche, y me lo contó. Y como me lo contaron, yo, en este instante, lo cuento. Haré ver, sin embargo, lógico y directo que, siendo amado mío lo mismo, tuve la suerte de coincidir y vivir con ese marino en otras horas, en otros puntos y en otras leyes. No he contado, sino con brevedad, aquello de su reino y su caída. Dije, sin que me entendieran, que alma no tenía, porque tenía cuerpo. Porque tenía demasiada postura, demasiado vivo glosor. En cambio, poseía sumo entendimiento y poderosa intuición. En resumen: era de su alma o substancia enigmática de que lo que, por hábito y voluntad, se alimentaba. Su oficio especial consistía en ser del todo pintor. Aunque su vocación evangélica estaba puesta en el oceánico mar; su pristina tumba. Vió las costas del mundo. Montó las bellas naves y singló con ventura en los remotos puertos de su gran sueño. Mas, es cierto que no hubo medio de que nos hablara nunca de la Cólquida; ni nos fué dado contemplar el vellocino de oro que escondía avaro en sus escuetas manos prisioneras de él. Entendía todo lo que no podíamos entender. Y todo placer nuestro, como del mundo, hecho de furor vano y de superficie salvaje, ahuyentaba su persona. Vivía, alto, platónico y soberbio, renunciando a todo lo bajo y turbio de la vida. Le quisimos llevar, le quisimos traer, quisimos que diera vueltas unido a los sueños que nos avasallaban. Pero sus sueños eran de naturaleza distinta. Era puro y cerrado como un místico fanático de sus secretos. Estuvo en Grecia, y allí no se sabe lo que hizo, porque fué sin acompañante. Su madre recibió tarjetas de él. Todo el mundo le invitaba, pues conocía él mundo de los salones, y no había persona individuo, dama o caballero, que viéndolo una sola vez no sintiera deseos y los manifestara de ofrecerle la amistad personal y mil comodidades. Príncipes y gente encopetada conoció, o bien, ellos le conocieron a él. Su elocuencia, ingénuo y primitiva, henchida de poder estético y real, y sus observaciones de sentido filosófico-alegórico, cautivaban. No sabía subir a los tranvías si no estaban completamente parados; no entendía el juego cosquilleante de los teléfonos, y confundía las cosas más usuales y elementales. El mismo era elemental. Parecía un vegetal divino en silencio. Otras veces semejaba un desconocido y potente mineral. Seducíanos. Pero su torpeza general participaba armónicamente con su clarísima intimidad. Y todo, que podía ser para él tentaciones, no lo eran. Le gustaba vestir el traje de marinero blanco. Así, infantil, pero solemne, pues se veía que no era un marinero, anduvo sólo o con compañía por las soleadas calles de Roma. Creo que era un Narciso, según Jerónimo me contó. Oyéndole éste decir, y repetirlo luego, que él era el Rafael de los tiempos modernos. ¡Ay, voy a llamarte!

*foto de
marinero*

Una vez hecho liviano polvo de nada, que has hecho, dime, de tí mismo? Pues eras todo y nos gustabas tanto. Pues, aunque en apariencia ignorabas la vida, y la cultura moderna, la antigua sabiduría te poseyó. Pues fuiste marinero por tu cuenta y pintor por la cuenta de todos, y hombre por la cuenta de Dios. Creo que has recogido tus despojos, te has recogido a tí, y te conservas lo mejor que has podido, encerrándote, con tu distinto aspecto, en un cajón de siete llaves duras, con el sólo objeto de preservarte de las corrientes de aire y de los vientos. Por derecho te pertenecía ese ataúd. Ya no eres, visiblemente, lo que eras. Ni en verdad abultas lo que ha poco abultabas. Pero, sin embargo, te llevaste el espacio contigo. Y esto se puede decir sin vacilación. ¡Qué hablo! No puedo hablar con quién únicamente escucha la ola irrevocable, cuyo trueno suena en su oído, lento y trémulo.

¡Qué atroz si lo llevaba el viento! Vuelvo otra vez a esta idea, puesto que no ignoro lo que sería de su desesperación. ¡Oh ruina tú reino! Reino suyo era la tierra para él: porque había delante el mar. En el mundo ni reía ni lloraba, ni participaba, repito, de nada perteneciente a nuestras calurosas pasiones. ¡Qué frío era! ¡Cuán triste y apartado le creíamos! ¡Cómo nos bullábamos de él! Hablaba solo y cantaba solo; quizás bailaba solo también. Se iba, no pocas veces, adonde hay tierras anchas y secas, y su imaginación poblábala de toros fabulosos sobre cuyas cornamentas trasladaban trozos de mármoles y estatuas de un sitio a otro del horizonte. O iba donde hay phantíos y ganado y miraba algo bello también allí.

Rechazaba, resuelta y enérgicamente toda proposición franca a las casas de mujeres públicas, quedándose asqueado de que fuéramos. Así como no menos rehusaba las juergas y los despilfarros comunes a la juventud. Todo lo cual impeliásele la natural conducta que su higiene interior le imponía. Nunca se dijo de él, aunque no en sentido peyorativo, sino que era uranista. Pero sus amigos hablan, entre ellos Jerónimo, de su sacro y encendido pudor.

Por eso, digo que su muerte vino a sumirle en serias y hondas preocupaciones. Primero: porque nunca pensó en ello; quiero decir en ella. Después, porque estaba ocupado con el mar, y no veía más que el mar! Estaba ocupado, con esto, en su propia vida. Pintaba. Sus cuadros revelaban el fenómeno de la belleza purificada de sí misma, en estado de ecuación, lo que acababa demostrando con un poderío de síntesis original. Para los ricos descubrimientos de su retina artística empeñaba peligrosamente el vuelo de su humana voluntad, hasta querer decir que en su voluntad residía el impulso genital del hombre. ¡Basta, Abello Uler, con esto! Tú afán era comprarte un barco, yo lo sé. ¡Un barco! Ese, que tenía cuanto dinero y flores suponen cualquier ambición, material o ideal. ¡Acaso, dime, tenía una idea fija rondando tu mente! ¿O no sabías que ibas a perecer como ~~ataud~~ aquel otro ~~hombre~~ ser bello y bélico, sublime poeta inglés?

Así, pues, por su propia voluntad, sin esperas temporales ~~no~~ bajo la acción irrevocable de la iniquidad, resolvióse en lo último a lo que, sin duda, tuvo que aspirar. Era fuerza mayor. Su muerte sortilega. Porque ya era maniática su dulzura carnal. Consiguió ~~hacerse~~ bien bajo llave, era su supremo gusto. Lo dejaron solo. Qué criatura no se lamentó por él. ¡Mas no tuvo ataud, Dios mío! Tuvo peces.

-III-

Me rompió el esternón con una medalla de .
santo
Abello Uler?

Quando yo le ví irse -quedó en lo que digo-, todavía hecho esa cosa que realmente era, visible y pesada, casi espaciosa, dando y tomando sombras de cada lugar y sitio donde sus tremendos pies de muerto le llevaban, como el que se aleja la cabeza no la movía, pues iba muy convencido, al principio, de la entrada a la muerte. La cabeza, por esto, se hizo fija y además brillante, y notó que la noche le cegaba, mientras él tenía más fuerzas que la noche en su camino. Me pareció que llevaba la luna en la cabeza. ¡Ay, muévela! ¡Tan fija! Había resultado ser la cabeza lo primero que perdió constancia vital. Completamente a ciegas ya, sus labios besaron la maravillosa espuma continua. Los ojos, de estupor abiertos, de oscuro significado llenos, rodaron trágicamente con honda dirección. Y aunque yo, que me quedé contemplando tan expresiva huída, detrás, casi a punto de alcanzarle, a tiempo de que mis llamadas le estremeciesen, impulsábale de seguro, pues yo callaba, a que volviera sus pupilas absortas una vez más. Tan trabajoso le era hacerlo, acaso le estaba prohibido, por haberse despedido bastante -pensé-, que, en efecto, no sé por qué causas, al fin, lo cierto es que no accedió a volverse para decirme, si bien con natural sarcasmo, adios. Yo sí le dije adios durante todo el tiempo que pude. Nadie, en verdad, conoció el motivo principal de su naufragio. Sabemos que la atmósfera estaba cargada durante todo el día en que no volvió. En puerto hallábase engalanado, porque había fiestas. Alguien juró que lograría llevarsele de putas. No vino. Los pájaros ~~la~~ mañana siguiente cantarían, lejos del mar.

Su huída era soñadora, y hasta altiva. Siempre, incluso en el trance a que me refiero, llevaba un gesto demasiado poderoso sobre él, y en su semblante, del cual no se deshacía ni para morir. Tenía el don esotérico de verse sin espejos, desde dentro, en virtud de la inteligencia, ~~con la temperatura~~ operando en la temperatura, el peso y el son de su cuerpo en el espacio ocupado, lo que procuraba el conocimiento de su relieve y su recorte corpóreo, sobre todo, facial. Un gesto de seguridad en lo que hacía o le hacían; un gesto de conforme resistencia en lo que rehusaba o aceptaba en la tierra, en el mundo o bajo las estrellas, permitíanle permanecer investido de potencial autoridad, por lo que de respeto se le llenaba. No tenía, por decirlo así, comunidad ninguna con la inspiración celeste, ni ninguna ráfaga angélica o tenebrosa parábase en el centro de su ser, pues

del mundo y sus fenómenos apenas aprovechaba otra disyuntiva que no fuera la de su existencia, ceremoniosa y simple, separándose por instinto de aquello que no podía concebir. No parecía un estoico; sin embargo contribuía, con el ejemplo a algunas de las conocidas experiencias de los que habían practicado dicha filosofía. Siendo, por temperamento, cuando más rayano de él, más sabio aún que el mundo. Y dejó la pintura, al descubrir el mar. Se suspendió su razón en el mar por un momento; entonces pensó entregarle, como si fuera una pira, su corazón feliz. A partir de esa hora veíasele rodeado ya de marineros. Con ellos, por primera vez en público, reía y cantaba. Se iba con ellos por los jardines y por la oscuridad. Compraba estampas y jaculatorias. Hacía conducir, o él lo llevaba todo, candelabros y flores a una playa y sobre la arena levantaba lindos altares en honor de la Virgen. Para ellos tenía guardado un dulcísimo mantel de plata que resplandecía con el sol, reverberando de preciosa luz su hornacina marinera. Vestido de marinero se dormía; ceñíale la tela sus formas espesas, como carne de bronco. sus dos bordes, dispersas, conchas y valvas especiales velaban con fulgurosa quietud. Y el sol caía sobre la gargante de Abello Uler como tentadora miel.

Los ángeles le barrían el suelo cada vez que pasaba de un lado a otro. La mayor de las veces tenía las palmas provistas de pcecillos. Buscó un pantano, se desnudó y se metió dentro de las cenagosas aguas. Metió una carretilla de lado, allí también. En una fotografía se le ve así, inmerso en las frías linfas ennegrecidas que, no obstante, parecían de oro pálido: sacada a flote la cabeza y el tórax, el vientre entero y una parte de su sexo; las astas de la carretilla enfilaban al cielo; la promiscua flora mecíase y caían hierbas y líquenes sobre sus ojos inmóviles, en homenaje a su pereza; a sus gustos y a su endiosamiento.

~~Epílogo~~

- W -

Voy a comerme esa galleta... ¡No! ¡Esa otra!
Abello Uler

38-10/10
 aquí

-Gracias.

Gracias de qué. Parece que dijera desde su puesto, pues no ha cambiado en esencia; desde su altanería de varón, de macho machungo, del que por afición no ama sino mármoles y océano. La muerte lo encontró tan frío que se sorprendió. ¿Qué hago con él?- dijo. ¿De qué me sirve?- dijo. Y a punto estubo de dejarlo a otro azar. Mas no se había inventado nada para él, algo digno de suprimirle. Arremetió ella con su florido cuerpo y no hizo esfuerzos de nada más. Entonces él le dió las gracias. O sucedió al revés. Ahora, se ve que tenía alma; alma aventurera, como tu y yo; alma de pirata que se la juega a una carta; pobre alma tonta que se pierde sin pensar.

-Lo que quieras.

¡No me podrás decir! ¿o me oyes? A tí no hay que cantarte; lo tienes ya todo, lo tuviste todo. En tu casa, vueltos a la pared, tus cuadros, y la magia de tus cuadros, ya no los ve nadie. Algunos, los que tu madre sabe que distinguías, han entrado en las abatidas habitaciones, abatidos ellos también: sombrero en mano, la vista baja, lentos, sin decir palabra... y uno, más atrevido que nadie, puso no importa qué lienzo cara a la luz ¡para que se viera! Y se vió lo pintado; pero la madre estaba ya inquieta, y lo volvimos a esconder. Porque tú los dejastes, como solías, para que no hubiera quién tu arte mirara prematuramente; los dejaste con la parte pintada mirando a la pared. ¡Qué juego te traías eterno de tus cosas! ¡Qué escondites y disimulos ante el mundo comprometedor! ¡Qué ilusiones, sensibles a tí sólo!

Me parece que ya no te llamas nombre alguno: que ya no tienes nombre. Me parece que ya destino no tienes: que estas sin destino. ¿Por qué te paras ahora? Es decir, te veo; pero mal. Distingo con dificultad tus facciones. ¿Te paras en seco ahora? ¡A qué se debe! Creo que se trata de decirme no sé qué. ¡Oh, un té con galletas hay preparado para tí! ¡Un té con galletas y con viento! ¡Un té de invierno ruidoso! ¡Un té statu quo! ¡Un té con humo de amigos y galletas y galletas y galletas! ¡Preparado para tí en el interior de una cabaña ubicada en la última distancia de la tierra que pisaste, que pisas, volviendo, aún!

Pues iba a decir que no te reconozco, porque tu personalidad ha variado en cierto sentido, No por completo. Perdido has la esquiua velocidad de tu sonrisa. Has de tu sombra el manantial perdido. Y de tí mismo tu paso de muerte.

Cuando Mikael construía, con enorme paciencia, diminutas almadías, pensando en su allende hijo, solía referir: "Cuando él las lance en el charco, me sonreiré, pero nunca le confesaré ¡Dios me libre de ello! que el mar es otra cosa y otros los barcos y las almadías"

Bien te vendría a tí ese refrán, que mucho te cuadra. Hasta que no se está, en donde tú estás, en donde tu has caído, batelero -pues ahí has caído definitivamente-, no se sabe lo que es esa trampa, ese mar, hasta que no se cae en él, entre y por sus olas, y bajo sus olas. Con el pensamiento, hasta entonces, nos procuramos, no sin paciente habilidad, las pequeñas almadías de Mikael, y con ellas naufragamos en charcos más pequeños todavía. ¡Ay, marinero, marinero, marinero!

- ¿Quién grita?
- ¡El cazador de elefantes!
- ¿Quién grita a la mar serena!
- ¡La voz que pregunta al grito!
- ¡Mentira, oí gritar!
- ¿Qué gritos eran esos?
- Se me llamaba por mi profesión.
- Eras tú quien te llamabas.
- No podía ser yo.
- ¿A qué se debe?
-
- ¡Marinero marinero marinero!
- Conforme, pero, ¿y ahora?
- Otra vez tú y siempre tú.
- Mi voz no es tan tirante como esa.
- ¿Y por qué?
- ¿Con qué objeto iba a llamarme?
- ¡Con el objeto de la libélulas!
- ¡No, no, no!
- ¡Déjalo, gritaba tu memoria!
- Si la perdí, no la tengo.
- Si sabes que la perdistes, la tienes.
- ¡La memoria no grita!
- ¡Qué extraño!

Abello Uler. Abello Uler. ¡Tengo miedo a este Epílogo! ¡Qué suplicio para mí! ¡Quién esperaba tanto! ¡Qué abatimiento es este! Cómo te libertas encerrado en líquenes y en madera. Cómo te place dominarnos a todos con el filo, idéntico al de una espada, de tu aguda simpatía. Ilegible sonrisa de dañina ternura. Corazón escondido en un rosado caracol; caracol estrellado en la negra roca.

¡Qué ahogo te sube hasta tu oreja inconfinita! ¡Qué pavor te sacude! Pasas con la cabeza puesta en un sitio inasequible: una mejilla iba al aire, la otra mejilla podrida; una mejilla en el mar, la otra mejilla rota. Las venas de tus brazos, separadas. Sin el deseo de la muerte, sin ese deseo. El más hiriente amor te falta; la lanzada magnífica te falta. Ese deseo de muerte ya no tienes. Tus Reyes Magos son: Morfeo, Adón y Saulo.

Epílogo

Aunque vengas convertido en fantasma: nada. Aunque traigas la cara amarilla y de azufre calizo los pies: nada. Aunque vengas con una vihuela: tampoco. Cualquiera es el valiente que espera tu vuelta. Eso sí que me preocupa. ¡Tú no te avienes a esos papeles! A tí que no te vengan con químico-físicos experimentos. Si has muerto llama a la pared de la luna con los nudillos. Si te has muerto sal de debajo de la mesa mientras comemos. Si has muerto saca por una ranura tus dedos vencidos. Odias los utensilios pútridos, las cucharas de muerto, las escaleras de mano apoyadas en la frente de los desiertos muros. ¡A tí que no te vengan con lios de muerte! ¡Ya has hecho tu necesidad y no hemos visto a donde la has hecho! Tu vientre descansa como un exser en la horca. ¿Adónde has hecho tu muerte? ¡A tí que te esperaban las guirnaldas en el muelle! La novia que no tenías, la novia anular y materna que no llegó a acariciar tu endrino pelo te aguardaba en la borra del frío. Te ~~aguardaba~~ aguardaba en la niebla. En el puerto te vemos, con tu blusa cristalina, anaranjada, sobrepuesta por los hombros. Tu sello personal no muere: ni para tí ni para mí, ni para el resto de las palomas. Y por eso te llamas, como antes te has llamado: sabes que permaneces vivo. La blusa. Siempre se te conocía por el muelle y al bajar las escaleras de los buques, ¡eso sí que era ense-

ñar ~~██████████~~

¿Por qué te levantas de pronto y nos pones en el aire el ala de tu pereza? ¿tu material de olvido? ¿tu elasticidad alciónica? ¿tus ojos inconexos de hemíono en la penumbra? ¿tu mansedumbre arcaica? ¿oruga?

Hablabas, y te ibas; hablabas, y te ibas. Haz otro tanto; haz, anda hijo, ¡hazlo, hazlo! Donde tu verbo fuese; donde dejaste el nimbo de tus conversaciones, allí hablan otros, allí repiten otros la fecunda canción.

¡Hola! Por lo menos sabes que alguien te vió. Y a tu madre. Tus muletas de ciego. Tus alpargatas enlodadas. Tu querido matacantos. Tu carrete de Ruhmkorff. Tu facistol de lata. Tu zambomba. Tu cañamo indide Tu tallo de gramíneas. Y todos estos trebejos: una aguzanieve blanquinegra; un tulipán; un sistro; una procesionaria; una palanqueta; un eclímetro; un libro; una crin; flores secas; naipes perdidos; batujas descompuestas; tres lámparas usadas; harapos de preferencia; botellas de preferencia; hilos y jaulas de preferencia; cosas sin importancia; un cuaderno de apuntes del natural sin importancia; una caja de lata de tabajo con retratos de sumo interés; papeles apolillados con la letra de Jerónimo; antifaces y gorros; marcos y monedas; más todo lo que había en tu cuarto de dormir.

Yo te saludo, Abello Uler, *Gregorio Prieto*.

F I N



u
ante
filosofos ?

14 5

PREFACIO Musical de la VIDA de GREGORIO Prieto



Este es el prefacio musical a la vida de Gregorio Prieto (Abello Uler)

ABELLO ULER

Abello Uler

"... sobre las olas el callado bajel de negras velas hacen bogar al invisible abismo."

Esquilo "Los siete contra Tebas"

- I -

ves tan yelero siempre *ámples que*
No ~~eres~~ que los ángeles delante, *me van*
barriendo el suelo *con los alas.*
Abello Uler



Su mal dolor le empujaba hacia los agujeros. Y la muerte, su úlcera maligna, le dolió súbitamente subido en el mar. Osó, con señas ligadas a lo inconsciente, decir adiós a su madre. Ningún marinero, a esas horas, le vio quejarse; mas sólo, por último, entonar un silencioso de profundis votivo. ¡Oh, batelero improbable Tú, tú mismo victimario gentilico, ¡oh farmacopola mágico! Ningún marinero lo sostuvo, ni en tablas colocó móvil muerte, momentánea, oculta, nonnata. Hasta que se revivieron accidentalmente sus más homogéneos diálogos. Entonces, como una perla, relumbró; como una perla pura. ¡Uno! ¡Uno, sé fue! ¡Unánimes, le despidió la gente amiga!

Todo lo suyo adquiriría incalculable valor a su contacto: vivió de palabras, como vivió de hechos; pero nadie supo lo que hacía, ni lo que decía, hasta que se rememoró su vida exterior por medio de su vida privada, después que se lo tragó el agua violenta. De su propio cuerpo hacía un campo de operaciones misterioso, para estar luego libre y con cuidado poder andar cómodo y viviente. A su alma la dejaba partir, continuamente, sin necesidad de nada, a esos lugares. Sus repentinos cambios de movimientos sensibles dejábalos, consciente de ellos, ir y venir, a flote de su espíritu pleno y confiado. Se le llamó el hombre puro por antonomasia. Su unión con sus varias partes infinitesimales era inmediata, yuxtaponiéndose a ellas, y haciendo de sus límites un tope o hito en que comenzar a dividirse, por intermedio de nuevas ramas y formas casi imposibles ya de surcar. Por lo menos, él se evaporaba, quizás, en los confines de sí. No se dejaba tocar por mano humana. Como Jesús, supo clamar: Noli me tangere. Mientras, a su vez, tocaba el pan con sacramentalismo. Y cuando esto hacía, exorcizaba a las piedras semovientes del globo. Del vino morado que le ofrecíamos, no quiso beber. Porque el pan era el pan; pero la sangre no era la del Cordero, sino la del chivo. De todos modos, esto no se explica así. Pues era tan profano como Sócrates; tan profano como Petrarca. Se dice que era casto como Urania; inmutable como el Cosmos. Se cuentan inverosímiles historias de él. Era soltero y feliz como Leibnitz. Se llamaba Abello Uler: un nombre pitagórico, numeral, principio de algo. Helo aquí, en la flor de la muerte, con su orgullo ofendido. Tal vez, ahora, cobija con desdén su desaparición tras de una puerta lejana y escondida; por ejemplo, la de su libre albedrío anímico. ¡Despierta, abejorro mío! ¡Oh, caprichoso microcosmo perfecto!, ¡gigantesco enano inmaterial de las olas y de las ondas!, ¡conspirador y nauta de tu vida y de tu muerte!, ¡diosico Abello Uler!



3

comunes de la juventud. Todo lo cual impedíasele la natural conducta que su higiene interior le imponía. Nunca se dijo de él, aunque no en sentido peyorativo, sino que era uranista. Pero sus amigos hablan, entre ellos Jerónimo, de su sacro y encendido poder.

Por eso digo que su muerte vino a sumirle en serias y hondas preocupaciones. Primero: porque nunca pensó en ello; quiero decir, en ella. Después, porque estaba ocupado con el mar, y no veía más que el mar! Estaba ocupado, con esto, en su propia vida. Pintaba. Sus cuadros revelaban el fenómeno de la belleza purificada de sí misma, en estado de ecuación, lo que acababa demostrando con un poderío de síntesis original. Para los ricos descubrimientos de su retina artística empujaba peligrosamente el vuelo de su humana voluntad, hasta querer decir que en su voluntad residía el impulso genital del hombre. ¡Basta, Abelto Uler, con esto! Tu afán era comprarte un barco, ya lo sé. ¡Un barco! Ese, que tenía cuanto dinero y flores suponen cualquier ambición, material o ideal. ¡Acaso, dime, tenías una idea fija rondando tu mente! ¿O no sabías que ibas a perecer como aquel ofre ser bello y bélico, sublime poeta inglés?

Así, pues, por su propia voluntad, sin esperas temporales ni bajo la acción irrevocable de la iniquidad, resolvióse en lo último a lo que, sin duda, tuvo que aspirar. Era fuerza mayor. Su muerte sortilega. Porque ya era maníaca su dulzura carnal. Consiguio meterse bien bajo llave, era su supremo gusto. Lo dejaron solo. Qué oriatura no se lamentó por él. ¡Mas no tuvo atad, Dios mio! Tuvo peces.

Cuando yo le vi irse —quedó en lo que digo—, todavía hecho esa cosa que realmente era, visible y pesada, casi espaciosa, dando y tomando sombras de cada lugar y sitio donde sus tremendos pies de muerto le llevaban, como el que se aleja la cabeza no la movía, pues iba muy convencido, al principio, de la entrada a la muerte. La cabeza, por esto, se hizo fija y, además, brillante, y notó que la noche le cegaba, mientras él tenía más fuerzas que la noche en su camino. Me pareció que llevaba la luna en la cabeza. ¡Ay, muévela! ¡Tan fijal! Había resultado ser la cabeza lo primero que perdió constancia vital. Completamente a ciegas ya, sus labios besaron la maravillosa espuma continua. Los ojos, de estupor abiertos, de oscuro significado llenos, rodaron trágicamente con honda dirección. Y aunque yo, que me quedé contemplando tan expresiva huida, detrás, casi a punto de alcanzarle, a tiempo de que mis llamadas le estremeciesen, impulsábase de seguro, pues yo callaba, a que yo viera sus pupilas absortas una vez más. Tan trabajoso le era hacerlo, acaso le estaba prohibido, por haberse despedido bastante —pensé—, que, en efecto, no sé por qué causas, al natural sarcasmo, adiós. Yo si le dije adiós durante todo el tiempo que pude. Nadie, en verdad, conoció el motivo principal de su naufragio. Sabemos que la atmósfera estaba cargada durante todo el día en que no volvió. El puerto hallábase engalanado, porque había fiestas. Alguien juró que lo grabaría llevarse los de putas. No vino. Los pájaros —la mañana siguiente— cantarían, lejos del mar.

Su huida era soñadora, y hasta altiva. Siempre, incluso en el trance a que me refiero, llevaba un gesto demasiado poderoso sobre él, y en su semblante, del cual no se deshacía ni para morir. Tenía el don esotérico de verse sin espejos, desde dentro, en virtud de la inteligencia, operando en la temperatura, el peso y el son de su cuerpo en el espacio ocupado, lo que procuraba el conocimiento de sí urelieve y su recorte corpóreo y, sobre todo, facial. Un gesto de seguridad en lo que hacía o le hacían: un gesto de conforme resistencia en lo que rehusaba o aceptaba en la tierra, en el mundo o bajo las estrellas, permitiéndole permanecer investido de potencial autoridad, por lo que de respeto se le llenaba. No tenía, por decirlo así, comunidad ninguna con la inspiración celeste, ni ninguna ráfaga angélica o tenebrosa parábase en el centro de su ser, pues del mundo y sus fonda-

4

menos apenas aprovechó separándose por instantes contribuía, con el eje dicha filosofía. Siendo Y dejó la pintura, al pensó entregarle, a la ya de marineros. Corridos y por la oscuridad candelabros y flores. Para ellos tenía guardado un delicado marino de plata que de preciosa luz su hornacina marinera. Vestido de marinero se dormía; ceñíale la tela sus formas



simple, mbargo tificado mundo. ntonces rodeado los jar: a todo, Virgen. berando

